



LA PAREJA

LO TENÍAN TODO, MENOS LA VERDAD

DEL NÚMERO 9

Claire Douglas

CLAIRE DOUGLAS

LA PAREJA
DEL NÚMERO 9

Traducción de Milo J. Krmpotić

Título original: *The Couple at No. 9*

© Claire Douglas, 2021

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26249-7

Depósito legal: B. 12.752-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1
SAFFY

Abril de 2018

Estoy en el jardín delantero arrancando los hierbajos que, como arañas gigantes, han brotado a ambos lados del camino de acceso cuando oigo unos gritos. Suenan graves y guturales. Los albañiles se encuentran en el jardín trasero, con la excavadora mecánica. Durante toda la mañana, mientras podaba el rosal que crece bajo la ventana del salón, he estado oyendo su traqueteo en el aire, como un molesto dolor de cabeza. Pero acaba de detenerse, y eso basta para que mi corazón se acelere y para que Nieve —el pequeño westie de la abuela, que está tumbado a mi lado— haya levantado las orejas. Me vuelvo hacia la casa, y una película de sudor me cubre la espalda. ¿Habrá pasado algo? Me imagino un escenario de miembros amputados y sangre que mana a chorros —algo que no concuerda con el azul del cielo y el sol resplandeciente—, y se me revuelve el estómago. Nunca, ni en mis mejores momentos, he tenido demasiado aguante, pero a las catorce semanas de embarazo sigo sintiendo náuseas cada mañana... Bueno, cada mañana, cada tarde y cada noche.

Me pongo en pie, con las rodillas de los tejanos man-

chadas de barro —aún uso mi talla de siempre, aunque la cintura ya me va un poco demasiado ceñida—, y me quedo pensando, mordiéndome el interior de la mejilla, regañándome para mis adentros por mi indecisión. Nieve se pone en pie también, las orejas enhiestas, y suelta un ladrido solitario cuando uno de los albañiles —Jonty, el que es joven y atractivo— aparece de repente desde uno de los laterales de la casa. Se acerca corriendo; se le marca el sudor de las axilas en la camiseta y sacude la gorra en el aire para llamar mi atención, mientras sus rizos rubios se balancean con cada paso.

Mierda, va a decirme que ha habido un accidente. Resisto la tentación de salir corriendo en el sentido opuesto y, en su lugar, con la mano me protejo los ojos del sol, que incide sobre el techo de paja. Jonty no parece estar herido, pero cuando se acerca más veo una expresión conmocionada en su rostro pecoso.

—¿Alguien se ha hecho daño? —le pregunto en voz alta, intentando ocultar el pánico en mi voz.

Ay, Dios, voy a tener que pedir una ambulancia. No he llamado a emergencias en mi vida. Y no llevo bien lidiar con la sangre. De pequeña quise ser enfermera hasta el día en que mi mejor amiga se cayó de la bici y se abrió un tajo en la rodilla.

—No. Lamento molestarla, pero... —Suena como si estuviera sin aliento, y las palabras le salen apelotonadas por la prisa—. Hemos encontrado algo. Será mejor que venga. ¡Rápido!

Dejo caer los guantes de jardinería sobre la hierba y rodeo la casa tras él. Nieve me pisa los talones, preguntándose de qué se tratará. ¿Un tesoro, quizá? ¿Alguna reliquia

del pasado que podría exhibirse en un museo? Los gritos, no obstante... No parecían de alegría, provocados por el descubrimiento de algún objeto precioso. Estaban teñidos de miedo.

Ojalá Tom estuviera aquí. No me siento cómoda tratando con los albañiles mientras él se encuentra en el trabajo: no hacen más que preguntarme cosas, esperan que tome decisiones que temo que resulten equivocadas, y nunca he sido una persona autoritaria. Tenemos veinticuatro años, solo han pasado tres desde que salimos de la universidad. Todo esto —el traslado desde el piso de Croydon a Beggars Nook, un pueblecito pintoresco de los Cotswolds, y la casita con vistas al bosque— ha sido tan inesperado... Un regalo sorpresa.

Jonty me guía hasta el jardín trasero. Antes de que vieran los albañiles tenía un aspecto idílico, con sus matorrales, la madreselva que serpenteaba por el emparrado y la rocalla en una esquina, llena de pensamientos aterciopelados que lo teñían todo de tonos rosados y violáceos. Ahora hay una fea excavadora de color naranja, rodeada por una montaña enorme de tierra. Los otros dos albañiles —Darren, de treinta y tantos, con barba de hípster y cuya actitud confiada indica que debe de ser el jefe, y Karl, que tendrá mi edad y es bajo y fornido como un jugador de rugby— están mirando el agujero que han hecho en el suelo; ambos tienen los brazos en jarra y sus pesadas botas se hunden en el terreno. Cuando me acerco vuelven la cabeza hacia mí de golpe con una sincronía perfecta. Lucen una expresión de sorpresa a juego, pero en la mirada de Karl hay algo parecido a un chispazo de excitación. Sigo su mirada y reparo en el destello marfileño que sobresale entre

el barro como un fragmento de porcelana. De manera instintiva me agacho y sujeto a Nieve por el collar para impedir que se meta de un salto en el agujero.

—Mientras excavábamos hemos encontrado algo —dice Darren cruzando los brazos sobre la camiseta manchada de tierra.

—¿De qué se trata?

Nieve trata de zafarse de mi mano y yo lo sujeto con más fuerza.

—De unos restos —contesta Darren con expresión sombría.

—¿Como... de un animal? —pregunto.

Darren intercambia una mirada con los otros dos. Karl da un paso adelante, confiado, casi alegre, y al hacerlo patea el polvo del suelo.

—Parece una mano...

Retrocedo horrorizada.

—¿Me están diciendo... que son restos humanos?

Darren me dirige una mirada compasiva.

—Eso creo. Será mejor que llame a la policía.

Dos horas más tarde, cuando Tom llega a casa, yo estoy paseándome arriba y abajo por la cocina, una reliquia de los años ochenta con sus unidades de granja y sus imágenes de ovejas y cerdos de mofletes rollizos en los azulejos de las paredes. Hemos logrado encajar la mesa de roble de nuestro viejo apartamento, pero solo podemos mover dos de las cuatro sillas. En febrero, poco después de mudarnos, nos sentamos con el arquitecto, un sexagenario bajito y medio calvo llamado Clive que goza de buena reputación en la zona, para diseñar la parte trasera de la casa: ampliaríamos la cocina para que tuviera el mismo ancho que el resto de la casa, y unas puertas de acero y cristal darían al amplio jardín. Y, si he de ser sincera, eso ha provocado que dejara de pensar tanto en el embarazo, que me sigue teniendo de los nervios pese a que me han hecho ya la ecografía de las doce semanas y todo parece ir bien. Pero me pueden las posibilidades. ¿Y si pierdo al bebé? ¿Y si no se desarrolla como debe, o nace demasiado pronto, o sufre muerte prenatal? ¿Y si cuando nazca no consigo arreglármelas o sufro una depresión posparto?

No ha sido un embarazo buscado. Era algo sobre lo que Tom y yo habíamos hablado por encima, quizá para des-

pués de la boda, pero estábamos ocupados emprendiendo nuestras respectivas carreras y ahorrando para juntar la entrada necesaria para comprarnos nuestro propio apartamento. Los bebés y las bodas quedaban para cuando fuéramos mayores. Para cuando nos convirtiéramos en adultos de verdad. Pero tuve una gripe estomacal y me olvidé de tomar precauciones extra. Y esa única pifia se ha traducido en esto. Un bebé. Seré una madre joven, pero no tanto como mi propia madre.

Nieve está tumbado en su camita, al lado del horno, observándome mientras camino con la cabeza apoyada sobre las patas. A través de la ventana emplomada veo el meollo de la actividad que tiene lugar en el jardín trasero. Han levantado una carpa blanca sobre la mitad del césped, y los agentes de la policía y unos hombres vestidos con trajes forenses vienen y van junto a otro individuo que lleva una cámara colgada del cuello. Alrededor de la carpa han colocado una cinta de color amarillo fluorescente que ondea con la suave brisa que corre y que lleva impresa la leyenda ESCENARIO DEL CRIMEN - NO PASAR. Cada vez que la miro me dan náuseas. Puede parecer que haya salido de una secuencia de un drama criminal de la televisión, pero la presencia de la policía hace que tome conciencia de lo que está sucediendo en realidad. Me ha sorprendido (y, además, ha hecho que me enorgulleciera un poco de mí misma) la rapidez con la que he tomado el control de la situación después de recuperarme de la conmoción inicial. Pese a tener el corazón desbocado en todo momento, primero he llamado a la policía y, después de prestar declaración, he mandado a los albañiles a casa prometiéndoles que ya los informaría de la fecha en la que podrán regresar

al trabajo. A continuación he llamado a Tom a su oficina de Londres, y él me ha dicho que se subiría al siguiente tren para volver a casa.

Oigo la Lambretta de Tom detenerse en el camino de acceso. Siempre había querido tener una motocicleta y, cuando nos mudamos aquí, se compró una de segunda mano para ir y venir de la estación. Es más barato que tener dos coches, y todo el dinero que nos hemos ahorrado lo hemos podido destinar a la ampliación de la cocina.

Oigo que la puerta de entrada se cierra con fuerza. Tom entra apresuradamente en la cocina con una expresión ansiosa grabada en la cara. Lleva puestas las gafas de pasta negras que se compró hace un año, cuando comenzó a trabajar en el departamento financiero de una empresa de tecnología. Pensó que le darían un aspecto más serio y moderno. El flequillo rubio le cae sobre la cara y toda su ropa está arrugada: la camisa de lino, la chaqueta, los tejanos. No importa lo que se ponga, siempre acaba teniendo aspecto de estudiante. Huele a Londres: a humo y trenes y cafés con leche para llevar y a los aromas caros de otras personas. Nieve se ha puesto a dar vueltas alrededor de nuestras piernas, y Tom se agacha para acariciarlo distraído, ya que sigue dedicándome toda su atención.

—Dios mío... ¿Estás bien? Menudo susto... ¿El bebé...?
—dice poniéndose en pie.

—No pasa nada. Estamos bien —le contesto colocándome las manos sobre el vientre en un gesto protector—. La policía sigue fuera. Nos han entrevistado a los albañiles y a mí, y ahora han puesto una cinta para proteger el escenario del crimen y han montado una carpa y todo.

—Joder. —Tom mira por encima de mí, hacia la escena

que tiene lugar al otro lado de la ventana, y su expresión se oscurece durante unos segundos. A continuación se vuelve hacia mí—. ¿Te han contado algo?

—No mucho, no. Es un esqueleto humano. Quién sabe el tiempo que llevará allí... Hasta donde sé, podría tener cientos de años.

—O ser de la época de los romanos —dice él con una sonrisa irónica.

—Exacto. Lo más probable es que haya estado aquí desde antes de que construyeran Skelton Place. Y eso fue...

—Frunzo el ceño al darme cuenta de que en realidad no lo recuerdo.

—En 1855.

Por supuesto Tom sí lo sabe. Solo necesita leer las cosas una vez para recordarlas. Siempre es el primero en responder a las preguntas de cultura general de los concursos de la tele, y se pasa la vida buscando datos y curiosidades en el móvil. Es lo opuesto a mí: tranquilo, pragmático, nunca reacciona de manera exagerada...

—Pero parece una mierda bastante seria —dice meditativo, con la vista clavada en la escena del jardín.

Sigo su mirada. Alguien se ha presentado con dos perros especializados en buscar cadáveres. ¿Sospechan que hay más cuerpos? Se me revuelve el estómago.

Tom se vuelve hacia mí y dice con voz seria:

—No es lo que esperábamos cuando decidimos venir a vivir al campo.

Sigue un silencio, y a continuación ambos prorrumpimos en una risa nerviosa.

—Oh, Dios —digo calmándome—. Me siento mal riéndome de esta manera. Al fin y al cabo, alguien ha muerto.

Eso hace que nos carcajeemos de nuevo.

Nos interrumpe alguien que se aclara la garganta, y al volvernos vemos a una agente de policía plantada en la puerta trasera. Es una de esas puertas dobles típicas de establo y, puesto que la hoja superior está abierta, la mujer aparece enmarcada por ella y da la sensación de que esté a punto de realizar un espectáculo de marionetas. Nos mira como si fuésemos un par de escolares traviesos. Nieve empieza a ladrar.

—No pasa nada —le susurra Tom al perro.

—Lamento interrumpirles —dice la agente, que no parece lamentar nada—. He llamado.

Entonces abre la hoja inferior de la puerta para situarse en el umbral.

—No hay problema —dice Tom, y suelta a Nieve, que de inmediato sale disparado hacia la agente para olfatearle los pantalones.

Ella parece un tanto molesta mientras intenta apartarlo suavemente con la pierna.

—Soy la agente Amanda Price. —Será unos quince años mayor que nosotros; tiene el pelo oscuro, cortado por encima de los hombros, y unos ojos de color azul intenso—. Tan solo quería confirmar que son los dueños de la propiedad... ¿Tom Perkins y Saffron Cutler?

Técnicamente la dueña es mi madre, pero no complico las cosas diciéndoselo.

—Sí —responde Tom mirándome con los ojos desorbitados—. Esta es nuestra casa.

—Bien —dice la agente Price—. Me temo que vamos a quedarnos un tiempo más. ¿Tienen dónde pasar la noche, quizá el fin de semana?

Pienso en Tara, que ahora mismo vive en Londres, y en Beth, mi amiga del colegio, que está en Kent. Los amigos de Tom residen en Poole, donde nació, o en Croydon.

—No llevamos demasiado tiempo aquí. Aún no tenemos amistades en la zona —contesto, y me doy cuenta de lo aislados que estamos en este nuevo pueblo en mitad de ninguna parte.

—¿Sus padres viven cerca?

Tom niega con la cabeza.

—Los míos siguen en Poole, y la madre de Saffy está en España.

—Y mi padre vive en Londres —añado—. Pero tiene un apartamento de una sola habitación...

La agente frunce el ceño, como si toda esa información fuera irrelevante.

—En tal caso les sugiero que se vayan a un hotel, solo hasta el domingo. La policía les pagará los gastos derivados de esta inconveniencia. Será solo mientras protegemos el escenario del crimen y completamos la excavación.

Las palabras *escenario del crimen* y *excavación* me dan náuseas.

—¿Cuándo podremos reanudar las obras? —pregunta Tom.

La mujer suspira, como si esa pregunta quedara demasiado lejos.

—Me temo que no podrán disponer del jardín trasero hasta que no hayamos terminado la excavación y retirado el esqueleto. Tendrán que esperar a que el PC se ponga en contacto con ustedes. El perito criminalista —aclara cuando la miramos con expresión perpleja.

—Entonces ¿piensan que aquí ha habido un asesinato?

—le pregunto mientras le dirijo una mirada ansiosa a Tom.

Él intenta tranquilizarme con una sonrisa, pero más bien le sale una mueca.

—Le hemos dado tratamiento de escena de crimen, sí —responde ella como si yo fuera extremadamente estúpida, pero no nos proporciona más información y me da la sensación de que preguntarle al respecto no serviría de nada.

—Solo llevamos aquí algunos meses —digo con la necesidad de explicarme, no vaya a ser que esta adusta agente de policía crea que hemos tenido algo que ver con lo ocurrido, como si tuviéramos la costumbre de ir escondiendo cadáveres en el jardín—. Es posible que eso lleve años aquí..., siglos, quizá.

Pero la expresión en su rostro hace que se me entrecor-te la voz.

La agente Price aprieta los labios.

—De momento no estoy autorizada a contarles nada más. Hemos solicitado la ayuda de un antropólogo forense para confirmar que los huesos son humanos, y les mantendremos informados. —Pienso en la mano que Karl ha afirmado haber visto. No parece que pueda haber lugar a muchas dudas. Tras unos segundos de silencio incómodo ella hace ademán de marcharse, pero se detiene como si de repente hubiera recordado algo—. Ah, y por favor, tienen una hora para irse de aquí.

La miramos cuando sale al jardín trasero, ese mundo espantoso de policías forenses, y yo me esfuerzo por contener las lágrimas. Tom me coge la mano en silencio, como si hubiera perdido la capacidad para ofrecerme palabras de consuelo.

Y de repente constato que esto es real. El hogar de nuestros sueños, nuestra hermosa casita de campo, se ha convertido en la escena de un crimen.

Por suerte, en El Venado y el Faisán, el hostel del pueblo, tienen una habitación libre y aceptan perros. Nos presentamos allí con una bolsa de viaje cada uno, aunque Tom ha insistido en cargar con la mía mientras yo me ocupo de la correa de Nieve.

La dueña, Sandra Owens, nos dirige una mirada inquisitiva.

—¿No son los nuevos dueños de la casita de Skelton Place? —nos pregunta mientras merodeamos por el bar.

Desde que nos mudamos a Beggars Nook solo hemos estado una vez en el pub, y fue un domingo del mes pasado, a la hora de comer. Nos sorprendieron gratamente sus paredes pintadas con gusto, de un color verde claro de la marca Farrow & Ball, los muebles rústicos y su deliciosa comida casera. Al parecer, los Owen lo remodelaron por completo después de comprarlo, hace cinco años.

No sé qué decir. En cuanto se sepa la noticia comenzará a circular por todo el pueblo.

—Hemos tenido una pequeña complicación con las obras —contesta Tom, amable pero sin mojarse mucho—, así que hemos pensado que lo mejor sería pasar algunas noches fuera, hasta que se solucione.

—Ya —acepta Sandra, aunque no parece demasiado convencida.

Es una mujer atractiva, de unos cincuenta años, con el cabello por encima del hombro, reflejos rubios y un ele-

gante vestido cruzado. No tardará demasiado en averiguar la verdad, pero a ninguno de los dos nos apetece contarle nada esta noche. Aunque no son ni las siete de la tarde y aún hay luz, empiezo a notarme cansada. Lo único que quiero es meterme en la cama.

La mujer nos acompaña hasta una habitación doble, pequeña y acogedora, cuya ventana trasera da al bosque.

—El desayuno se sirve de siete y media a diez —nos dice antes de irse.

Tom está plantado junto al menaje para preparar el té, mirando por la ventana hacia los árboles en la lejanía.

—No me lo puedo creer —dice de espaldas a mí.

Yo me tumbo sobre la cama, que es bonita, con sus cuatro postes y su edredón acolchado de tonos oscuros. En circunstancias normales esto sería un premio para nosotros. Llevamos una eternidad sin irnos de vacaciones —hemos destinado todo el dinero de estos últimos cinco meses a la ampliación—, pero está contaminado, ensombrecido por lo sucedido en casa. Cada vez que lo pienso me entra un mareo.

Nieve se sube a la cama de un salto y se tumba a mi lado, me pone la cabeza en el regazo y me mira con sus enternecedores ojos marrones.

—No me puedo creer que nos hayan echado de nuestra propia casa —digo acariciándole la cabeza.

Acto seguido me envuelvo en la chaqueta de punto. Ha refrescado, o quizá sea la conmoción.

Tom pone en marcha la pequeña tetera de plástico y viene a tumbarse con nosotros en la cama. El colchón es más blando que el que tenemos en casa.

—Lo sé. Pero todo irá bien —dice recuperando su anti-

guo optimismo—. Pronto podremos continuar con la ampliación y todo volverá a la normalidad.

Me acurruco contra él, deseando poder creerle.

Resistimos la tentación de pasear por delante de la casa. En su lugar, dedicamos el fin de semana a pasar tiempo en el pub o a disfrutar de largas caminatas por el pueblo y el bosque.

—Al menos no he tenido que pasarme todo el fin de semana pintando —me dice Tom el sábado, y me coge de la mano mientras caminamos sin prisa por la plaza Mayor.

Desde que nos mudamos ha hecho ya tantas cosas en la casa... Se ha ocupado de la moqueta andrajosa de las escaleras, ha pintado el salón y nuestro dormitorio de color gris paloma y ha lijado los tablones del suelo. A continuación quería quitar el empapelado del dormitorio pequeño y prepararse para pintarlo antes de la llegada del bebé, aunque postergó esa tarea hasta después de la ecografía de la semana doce para no tentar a la suerte.

El domingo, después de comer, cuando al fin regresamos y dejamos las bolsas a nuestros pies, como visitantes en nuestro propio hogar, el corazón se me hunde en el pecho. Los coches y las furgonetas de la policía continúan aparcados en el camino de acceso. Otro agente de uniforme —esta vez un hombre de mediana edad— nos informa de que deberían acabar de excavar hacia el final del día, y nos dice que, mientras ellos sigan allí, podemos entrar en la casa pero no en el jardín. Me pregunto si habrán registrado nuestro hogar. La idea me incomoda: no me gusta nada pensar que la policía ha podido rebuscar entre nues-

tras cosas. Cuando se lo comento a Tom él me asegura que, en caso de hacerlo, nos habrían avisado antes.

Tom y yo nos pasamos el resto de la tarde escondidos en el salón.

—¿Qué estarán pensando los vecinos? —digo plantada junto a la ventana mientras tomo a sorbos una infusión.

Pienso en Jack y en Brenda, la pareja de ancianos de la casa de al lado. Un seto separa su propiedad de la nuestra y dificulta la visión, pero ella es sin duda de las que fisgan desde el otro lado de la cortina, y cuando Clive les mandó los planos de la ampliación de la cocina se opusieron a ella.

Una pequeña multitud se ha reunido junto al camino de acceso; los vehículos policiales ocultan nuestra casa solo en parte.

—Me apuesto algo a que son periodistas —dice Tom por encima de mi hombro, los dedos entrelazados alrededor de su taza—. Quizá deberías llamar a tu padre y que te dé algún consejo.

Mi padre es el redactor jefe de uno de los tabloides de distribución nacional. Asiento con expresión lúgubre. Me siento tan expuesta como si alguien hubiera arrancado el techo de la casa.

—Esto es una pesadilla —murmuro.

Por una vez Tom no intenta tranquilizarme. Al contrario. Su rostro es una tumba y uno de los músculos de la mandíbula le palpita mientras mira por la ventana y se toma el café en silencio.

Llamo a mi padre para pedirle consejo.

—¿Y no te apetece darle la exclusiva a tu viejo? —pregunta él con humor socarrón.

Me río.

—¡Si no sé nada! Quizá tiene siglos de antigüedad.

—Bueno, si no es así, ya te advierto que, en cuanto la policía confirme que se trata de un crimen e identifique el cuerpo, la prensa se os echará encima.

—¿Deberíamos mudarnos? —Aunque mientras se lo pregunto no tengo ni idea de adónde podríamos ir en realidad. No podemos permitirnos un hotel. Ojalá papá viviera más cerca. O mamá, pero ella está aún más lejos.

—No. No, no lo hagáis. Estad preparados, eso es todo. Y, si necesitáis algo, información o consejo, avisadme.

Me doy cuenta de que está en la redacción por los teléfonos que suenan en segundo plano y por el barullo general de conversaciones y actividad.

—¿Mandarás a alguien aquí?

—Supongo que de momento usaremos una agencia de prensa. Pero si piensas hablar con los medios, acuérdate de mí, ¿vale? En serio, Saff, si hay algo que no tienes claro, ya sea con la policía o con los periodistas, llámame.

—Gracias, papá —le digo ya más tranquila. Mi padre siempre ha tenido la capacidad de hacer que me sintiera segura.

A la mañana siguiente, después de que la policía retire la carpa y la cinta, Tom y yo miramos horrorizados el agujero inmenso que han dejado en el jardín. Es cuatro veces más grande que el que cavaron los albañiles. Tom le pre-

gunta a su jefe si puede trabajar desde casa durante unos días, y nos los pasamos evitando al pequeño grupo de periodistas que siguen revoloteando por allí.

Y cuando llega el miércoles, el día en que Tom regresa al trabajo, la policía llama por teléfono.

—Me temo que no hay buenas noticias —dice con voz ronca el detective, cuyo nombre olvido de inmediato. Me pongo rígida, a la espera—. Se han encontrado dos cuerpos.

Estoy a punto de dejar caer el teléfono.

—¿Dos cuerpos?

—Me temo que sí. Han recuperado todos los huesos, y los forenses han podido determinar que pertenecieron a un hombre y a una mujer. También hemos averiguado la edad de las víctimas basándonos en el desarrollo y el tamaño de los huesos. Ambas se encontraban entre los treinta y los cuarenta y cinco años.

No puedo hablar, la náusea va en aumento.

—Por desgracia —prosigue el detective—, la mujer murió por una contusión en la cabeza. Aún estamos intentando confirmar cómo falleció el hombre. La descomposición de los tejidos lo dificulta todo. Con el esqueleto de la mujer resultó más fácil debido a la fractura en el cráneo.

Cierro los ojos con fuerza, intentando no imaginármelo.

—Eso... es terrible. —A duras penas puedo asumirlo—. ¿Están... están seguros de que no hay más?

De repente me asalta una visión en la que levantan todo el jardín para revelar una fosa común, y la idea hace que me estremezca. Me vienen a la cabeza otras «casas de los horrores», como la prensa suele llamarlas morbosamente:

el número 25 de Cromwell Street y White House Farm. ¿Se volverá nuestra casa igual de infame? ¿Nos quedaremos atrapados aquí para siempre, sin nadie que quiera comprarla? El corazón se me acelera y trago saliva, intento concentrarme en lo que me está diciendo el detective.

—Desplazamos unos perros buscadores de cadáveres hasta el lugar. Tenemos la certeza de que no aparecerán más cuerpos.

—¿Cuánto... cuánto tiempo llevaban los cadáveres allí?

—Aún no podemos estar completamente seguros. La tierra de su jardín tiene una base bastante alcalina y, por tanto, esas condiciones han contribuido a preservar algunas prendas de ropa y los zapatos, pero por su estado de descomposición pensamos que los enterraron entre 1970 y 1990.

Se me pone la piel de gallina. Dos personas fueron asesinadas en mi casa. En mi idílica casita de campo. De repente todo se vuelve oscuro, surrealista.

—Y, por supuesto, debemos hablar con todas las personas que ocuparon la casa entre esos años —continúa el detective—. Me temo que, al tratarse de la anterior dueña del lugar, tendremos que comenzar con la señora Rose Grey.

Siento que la habitación se ladea.

Rose Grey es mi abuela.